



Lectio divina. D. VII. T.O



MATEO 5,38 48. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: —Habéis oído que se dijo: «Ojo por ojo, diente por diente». Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, presentale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas. Habéis oido que se dijo: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo». Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

Palabra del Señor

Seguimos leyendo el «Discurso del Monte» de Mateo. En un nuevo paso, Jesús plantea las relaciones personales dentro de la vida familiar, social, grupal. Todos tenemos experiencia repetida del conflicto, incluso del enfrentamiento abierto y violento. La Ley se mueve en la ley del talión (ojos por ojos, dientes por dientes), que más que una justicia vindicativa es un límite para que la venganza no entre en bucle, sin solución. Jesús rompe el argumento y propone poner la otra mejilla. El amor se limita a los amigos, propone la ley; Jesús se atreve a pedir que amemos a los enemigos. De nuevo una ruptura, esta vez poniendo en el objeto de nuestro amor a personas que quisiéramos que desaparecieran. El colofón de esta propuesta de Jesús está en la exhortación final, que aparentemente no se deduce de lo dicho: «Sed perfectos». ¿Quiere decir que la perfección a la que llama Jesús tiene que ver con el perdón, con el amor, con devolver bien por mal? Más aún: esa perfección es la del Padre celestial. Una nueva imagen y experiencia de Dios se abre en este evangelio.

Meditación

Sed perfectos San Mateo, por su parte, pone en labios de Jesús una llamada, una invitación, que parece a primera vista semejante, pero que no lo es. Jesús, es verdad, no nos llama a ser santos, como leemos en el libro del Levítico, sino nos pide «ser perfectos». Esta invitación a la perfección solo aparece en el evangelio de san Mateo, en dos ocasiones; las dos veces, relacionadas con el amor. Más en concreto, en este caso el texto nos habla de no caer en la venganza, sino de vencer el mal a fuerza de bien. Jesús siempre da un paso adelante en lo que se trata de vivir los mandamientos de Moisés. Nunca dice que están derogados, o superados; Jesús los respeta, pero saca sus consecuencias hasta el final. Sed perfectos en el amor La pregunta inicial vuelve de nuevo. ¿El cristiano tiene que ser santo o perfecto? Solo con estos dos textos bíblicos no podemos dar una respuesta definitiva.

Más aún cuando en el texto paralelo del evangelio de san Lucas lo que nos pide Jesús es ser misericordiosos. Hay un elemento común a los tres textos: el amor. Dios es santo y su bondad se manifiesta en su amor. Dios solo sabe amar. Su perfección es su amor y su misericordia. Nosotros, que nos miramos en Dios, y que solo a Dios ponemos en nuestro horizonte de humanidad, solo podemos entender la perfección como perfección en el amor.

Oración

Señor, Dios nuestro, que eres bueno con todos, cariñoso con todas tus criaturas; asiste a tus fieles para que puedan ser, cada día más, imagen tuya en el mundo.

Contemplación

Lee y repite con frecuencia

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”

